

EL GUARDIAN DEL FARO

DE ASPINWAL

ILUSTRACIONES  
DE DON EMILIO  
TALTAVULL \*





## EL GUARDIÁN DEL FARO

DE ASPINWAL

I

**E**N los alrededores de Panamá se levanta el faro de Aspinwal: el torrero había desaparecido sin dejar huellas, y se supuso que durante la furiosa tempestad que precedió á su desaparición, el infortunado guardián hubo de aventurarse hasta las últimas estribaciones de la enorme roca sobre la que descansa el faro, y que una de las olas gigantescas lo arrastraría al fondo del mar.



La plaza estaba vacante y urgía hallar quien la ocupara, porque en aquellas aguas la navegación es peligrosa, y los vapores que hacen la travesía de New-York á Panamá no podían quedar expuestos á estrellarse contra las rocas que pueblan el Masquito-Bay.

Por la noche la niebla acostumbra extenderse monótona y blanca sobre estas aguas, ardientes al beso del sol de los trópicos.

La única guía para los buques que cruzan este peligroso mar, es el faro de Aspinwal.

El proveer la plaza de torrero incumbía al cónsul de los Estados Unidos en Panamá.

El cumplirlo no era cosa fácil: la provisión debía ser casi inmediata, esto es, á las doce horas.

Precisaba un hombre serio, formal é imbuido de la gravísima responsabilidad que sobre él pesaba. Era imposible aceptar un cualquiera, probar si reunía ó no las aptitudes necesarias.

Lo que más dificultaba la provisión era que nadie solicitaba el empleo.

La vida del torrero es horriblemente penosa y poco á propósito para tentar á los hombres del Sud, que gustan abandonarse en brazos de la pereza y aman la libertad de una existencia vagabunda.

Sabido es que ser guardián de faro equivale á ser prisionero ó poco menos.

Sólo unas horas cada domingo puede abandonar la solitaria roca. Diariamente una barca de Aspinwal le trae provisiones, las desembarca y emprende el regreso.

El faro se levanta sobre islote roqueño, cuya superficie no excede de un kilómetro.

El guardián vive en el faro. Durante el día sirviéndose de banderas indica las variaciones del barómetro.

Al anochecer enciende la linterna del faro, debiendo subir cuatrocientos peldaños para llegar á lo más alto de la torre. Días hay que debe repetir varias veces la penosa ascensión.

Fácil es, pues, comprender lo perplejo y preocupado que estaba D. Isaac Falcombridge, pensando cómo se las arreglaría para dar con un buen guardián. Grande fué, pues, su gratisima sorpresa, cuando un aspirante, que ni se atrevía á esperar, presentóse solicitando el empleo.

Era un hombre viejo, contaría unos setenta años, sano, robusto, y cuyo arrogante porte revelaba un antiguo militar. Tenía los cabellos blancos y la piel bronceada cual la del criollo. Sus ojos azules indicaban que no era hijo de los pueblos del Sud. Su aspecto y su porte complacieron á Falcombridge, quien le dirigió las siguientes preguntas:

—¿De dónde eres?

—Polaco.



—¿Dónde trabajaste estos últimos años?

—Primero aquí, después allá y después acullá.

—El guardián de faro debe permanecer siempre en el mismo lugar.

—Sólo pido no cambiar nunca.

—¿Cumplisteis el servicio militar y tenéis documentos que acrediten vuestra honradez?

Para contestar esta pregunta el anciano sacando de un bolsillo interior papeles y un pedazo de vieja seda, parecido á un girón de bandera, dijo:

—Ahí están mis documentos. En 1830 gané la primera cruz; esta segunda es española de la guerra carlista; la tercera es de la legión francesa; la cuarta la gané en Hungría. He luchado en los Estados del Norte contra los Estados del Sud: aquéllos no daban cruces.

Falcombridge coge los papeles y lee:

—Skavinski, ¿os llamáis Skavinski?

«En heroica carga á la bayoneta tomó dos banderas...»

Fuisteis un valiente militar...

—Y seré un buen guardián de faro.

—¿Ya sabéis que es preciso subir y bajar muchas veces al día los cuatrocientos peldaños de la torre? ¿Tenéis buenas piernas?

—He recorrido á pie las inmensas llanuras que se extienden entre el Este y la California.

—¿Conocéis el mar?

—Navegué tres años en un ballenero.

—Veo que sabéis de todo un poco. Sólo me inquieta vuestra falta de estabilidad.

—¿Y por qué?

El anciano sacudió la cabeza y añadió:

—Si creo que mi destino tiene la culpa.

—Temo que sois muy viejo para guardián de faro.

—¡Señor, exclamó el noble anciano con voz que temblaba al influjo de profunda emoción, he sufrido mucho! he vencido, como adivinaréis, situaciones terribles: esta plaza satisface mis deseos y esperanzas. Soy viejo y anhelo fijarme, acabar de ir vagando errante por un mundo que no me conoce ni me ama. Seré feliz cuando pueda exclamar: «Aquí te quedas; ¡ilegaste al puerto!» Señor, de vos depende. ¿No he de agradecer á la fortuna el encontrarme hoy en Panamá? Os lo ruego. Si me negáis este refugio ¿qué será de mí? Soy honrado, estoy harto de esa vida errante...

Animaba los ojos azules del anciano tan conmovedora expresión de súplica, que Falcombridge cedió.

—Bueno, entendidos: seréis el guardián del faro de Aspinwal.

Indecible alegría inundó la faz del anciano...

—Gracias, señor, mil gracias...



—¿Podéis desde hoy encargarnos del faro?

—¿Y por qué no?...

—¡Bravo! ¡Hasta más ver! Una palabra. No olvidéis que al menor descuido seguirá irrevocablemente la pérdida del empleo.

—Comprendido, señor, comprendido.

Cuando el sol se escondió al lado opuesto del istmo, y cuando á un día sin nubes sucedió sin crepúsculo una noche tranquila, viéronse los brillantes rayos del faro extender, como todas las noches, su blanca luz sobre las olas del mar. El nuevo torrero ocupaba su puesto.

La noche era tranquila y silenciosa: una noche tropical.

Una nube transparente cual sutil velo de gasa mecíase en el cielo, y formaba al rededor de la luna hermoso círculo multicolor: parecía un arco iris. La mar murmuraba tranquila; subía la marea.

Skavinski, asomado en el balcón que rodea la linterna del faro, parecía visto desde el mar un puntito negro. En vano intentaba concentrar sus pensamientos: su ánimo inquieto en demasía negábase á obedecer á la voluntad. Comparábase al animal descubierto y perseguido que después de penosa carrera, encuentra en roca inaccesible á los perseguidores, el anhelado refugio seguro. ¡Sonaba la hora del descanso!

Un sentimiento de paz inexplicable inun-

daba su alma: en aquel islote, separado del mundo, podría recordar en dulce calma las aventuras, las horas negras de su vida errante.

¿No era cual nave cuyos mástiles, cordajes y velas destrozó el temporal? Nave contra la cual agotaron los vientos su indomable furia, y que al verse sin amparo buscaba un puerto contra el cual se estrellasen en vano las arremetidas de las borrascas locas.

Y este refugio le hacía alentar la esperanza de una vida tranquila, exenta de la enojosa preocupación de incierto porvenir.

Los hechos que enumerara á Falcombridge distaban mucho de resumir su vida.

Dijérase que la desgracia le persiguió incansable.

Apenas había levantado su tienda y encendido el hogar, cuando el viento del infortunio soplaba impetuoso y arrancaba la tienda y esparcía lejos, muy lejos, los tizones del fuego.

De pie en el balcón, fijos los ojos en las olas que el faro ilumina, ve cual en fantástico sueño pasar su existencia larga y agitada.

Había recorrido las cuatro partes del mundo.

Laborioso y honrado, otros en circunstancias parecidas á las que acompañaron su existencia, se hubieran enriquecido. El á



pesar de las más heroicas privaciones no pudo reunir un céntimo. Había sido minero en las minas de oro de Australia, buscador de diamantes en Africa, carabinero en las Indias.

En California tuvo arrendadas unas tierras, y la sequía lo arruinó. Intentó comerciar con las tribus salvajes del interior del Brasil, y la nave que llevaba sus mercancías naufragó en el Amazonas. Sin armas, casi desnudo, vagó largas semanas por bosques inmensos, alimentándose de frutas salvajes, expuesto á ser pasto de las fieras. Instaló una herrería en Helena-Arkansas, y un incendio horrible destruyó la ciudad.

Al cruzar las montañas Roqueñas los indios le aprisionaron. Le salvaron unos canadienses, siendo poco menos que milagro el que escapara vivo de esta aventura.

Navegó en el vapor que hace la travesía de Bahía á Burdeos. Desde un ballenero echó repetidas veces el arpón á la reina del mar: ambos buques naufragaron. En la Habana asocióse á uno que creyó su amigo, y juntos establecieron una fábrica de cigarros; el socio le robó, mientras él, víctima del vómito, estaba agonizando.

Cansado de padecer llegó á Aspinwal, y soñó que sus dolores habían acabado. Porque ¿quién podría molestarle en aquella roca solitaria? ¡Ni el agua, ni el fuego, ni los

hombres! ¡Los hombres! no fueron en realidad sus peores enemigos; entre los compañeros de su penosa existencia abundaban más los nobles y generosos que los que traicionan fingiendo amistad. En cambio dijérase que los cuatro elementos se complacieron persiguiéndole con encarnizada saña.

Se explicaba sus desgracias diciéndose que la fortuna le odiaba. Sin embargo, jamás se confesó vencido: tenía la paciencia de un indio y la inquebrantable firmeza de un héroe. Y aquel hombre que cien veces desafió la muerte, que conocía todas las miserias humanas, tenía el corazón inocente y sencillo de un niño.

La causa de que en Cuba le atacara el vómito negro, fué el haber regalado á los pobres enfermos cuanta quinina poseía.

Su esperanza admirable le daba alientos para seguir luchando. Empleaba el invierno forjando planes para el verano, planes de empresas que creía serían felices... Pasaba el verano y pasaba el invierno, Skawinski envejecía y su situación no mejoraba. Paulatinamente disminuyó aquella indomable energía. El viejo soldado curtido por el humo de cien combates, no vencido por nada ni por nadie, lloraba á la menor contrariedad. La nostalgia le mataba: al ver una golondrina ó la nieve que corona las montañas altas, al oír una música melancólica, recor-



daba su patria añorada, su pueblo natal, y en lo más íntimo de su alma sentía nacer un sentimiento triste y avasallador: anhelaba gozar los recuerdos de su patria, una paz, una calma ideal.

Aquel hombre vagabundo sin familia ni hogar, soñaba un rincón tranquilo, el último, el más pobre, donde reinara la paz y pudiese esperar sonriendo el fin de su agitada existencia.

Y al ver trocarse en feliz realidad su dorado sueño, era para él una dicha tan grande, que no acertaba á creerla. En el alto balcón que domina horizontes inmensos, permaneció horas y horas quieto, asombrado. Parecíale ser aquella la vez primera que veía el mar, porque podía contemplarlo con ánimo tranquilo, exento del temor de un incierto mañana.

La linterna del faro lanzaba á través de la noche sombría su largo triángulo de luz deslumbradora. Los ojos del anciano se perdían más lejos que los rayos de luz, en la obscuridad densa, misteriosa, que abriga la tierra dormida.

Las largas olas una tras otra se estrellaban sin cesar contra la base de la torre, y vestidas de espuma se las veía retroceder por el camino de luz que en las aguas marcaba el brillante triángulo. Subía la marea, y la potente voz del mar rugía con crecien-



En el alto balcón, permanecía horas y horas... Las largas olas se estrellaban sin cesar contra la base de la torre.



te y amenazadora furia. Semejaba el lejano tronar de los cañones, el murmullo de un bosque secular, el tumulto sordo, prolongado, de inmensa multitud... El viento se levanta, huye la niebla y aparecen negros nubarrones que auguran tempestad: tras ellos recoge sus rayos la luna. Las nubes que avanzan del Oeste aumentan la intensidad del viento: las olas se estrellan con rabia contra el islote de roca, y el faro tiembla hasta los cimientos.

La tempestad desata su furia hermosamente sublime.

Muy lejos aparece una luz verde: es una linterna colgada en lo más alto de un palo: es una nave que avanza;... de súbito vira á la izquierda y desaparece.

Skawinski abandona el balcón, se retira al interior de la torre.

Fuera la tempestad seguía rugiendo con implacable saña, y en el mar alborotado la nave luchaba contra el viento, las olas y la densa obscuridad.

En el interior de la torre reinaba plácida calma. Apenas si á través de los muros espesos se oía el loco furor de las olas. Al compás regular del tic-tac de una péndula durmióse el fatigado anciano; y aquel fué su primer sueño tranquilo.